

PALADARES DE CORDELIA

La Oposición

Un relato sobre la
invención de la historia



Primera edición en REINO DE CORDELIA, septiembre de 2016

Edita: Reino de Cordelia
www.reinodecordelia.es

Derechos exclusivos de esta edición en lengua española
© Reino de Cordelia, S.L.
Avd. Alberto Alcocer, 46 - 3º B
28016 Madrid

© Alfonso Mateo-Sagasta, 2016

Prólogo: © Luis Alberto de Cuenca y Prado, 2016

Ilustración de cubierta: Detalle del panel derecho de
El jardín de las delicias (hacia 1500-1505), de El Bosco

IBIC: FA
ISBN: 978-84-15973-85-0
Depósito legal: M-29323-2016

Diseño y maquetación: Jesús Egido
Corrección de pruebas: Pepa Rebollo

Impresión: Gráficas Zamart
Impreso en la Unión Europea
Printed in E. U.
Encuadernación: Felipe Méndez

Cualquier forma de reproducción, distribución,
comunicación pública o transformación de esta obra
solo puede ser realizada con la autorización
de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley.
Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos
Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar
o escanear algún fragmento de esta obra.

La Oposición

Un relato sobre la
invención de la historia

Alfonso Mateo-Sagasta

Prólogo de Luis Alberto de Cuenca



Índice

<i>Prólogo: La historia como género literario</i>	15
La Oposición	21
Epílogo	85



Al historiador no le conviene más de decir la verdad, parézcalo o no lo parezca.

MIGUEL DE CERBANTES
Persiles y Sigismunda III-XVIII





La historia como género literario

Luis Alberto de Cuenca

Instituto de Lenguas y Culturas del Mediterráneo
y Oriente Próximo
(CCHS, CSIC)

CONOCÍ A ALFONSO MATEO-SAGASTA hace muchos años, cuando regentaba, con su amigo Isidoro, una librería llamada Tipo que, ubicada en la madrileña calle de Núñez de Balboa, entre Goya y Jorge Juan, nos proveía de libros de antropología, etnología y mitología (entre otros temas de su especialidad) a los aficionados a esas disciplinas. Allí compré los doce volúmenes de la edición íntegra de *The Golden Bough*, de James George Frazer. Aunque solo sea por lo que tuve que ahorrar para hacerme con esa obra inmortal, nunca olvidaré aquella librería, inmaculadamente atendida por él y por Isidoro. Luego Alfonso se convertiría en una de nuestras primeras espadas en el ruedo incruento de la

novela histórica, y he tenido ocasión de leer sus obras y de coincidir con él en multitud de eventos literarios. Pero seguiré viéndolo siempre como la primera vez, en su tienda de la calle de Núñez de Balboa, procurándonos la ración cotidiana de droga bibliográfica a través de unos listados que sus clientes recibíamos periódicamente y a través de los cuales nos enterábamos de las novedades aparecidas en la parcela científica de nuestras entretelas. Y ahora que tengo ocasión de contar cómo conocí al librero Alfonso al prologar un libro del escritor Alfonso, me siento cómodo en este nuevo modo de expresarle mi simpatía, tantos años después de nuestros primeros encuentros, en los tiempos en que la Rama de Oro pendía aún del árbol de nuestros cuerpos y la noche definitiva aún estaba lejana.

Un prólogo es, para mí, la expresión de una complicidad, y en este caso, prologar *La oposición. Un relato sobre la invención de la historia* constituye una prueba fehaciente de que las afinidades electivas de Goethe no son tan solo una novela plúmbea, sino también una realidad divertida. Cuando Alfonso defien-

de, por boca de su opositor, que la historia es cualquier cosa menos una ciencia exacta, que no hay nada más rabiamente subjetivo que un libro de historia, que toda prospección histórica habla del presente a través de la manipulación del pasado, y que «la clave de la historia no es qué hemos sido, sino qué queremos ser», está defendiendo unos planteamientos que hago míos al cien por cien, porque están basados en el menos común de los sentidos, que es mi reverenciado sentido común. Si nos atuviéramos a la práctica asidua de la sensatez, cosa que no hacemos sino de cuando en cuando, llegaríamos todos a los mismos resultados a los que llega el opositor de Alfonso, enfrentado a un tribunal que discurre por las vías de las más rancias convenciones con respecto a la historia, manejando un concepto de verdad que ha de ser desterrado para siempre, pues pertenece al más remoto y provecto de los pasados.

Hace un par de veranos escribí, en clara sintonía con las tesis de Alfonso Mateo-Sagasta en este precioso librito de Reino de Cordelia, que la historia, lejos de ser una ciencia, es un género

literario, y como tal no se rige por principios de verdad científica, sino por criterios de belleza artística y, por lo tanto, ajenos a cualquier pretensión de veracidad. Así hay que leer el relato que hace Heródoto de la Guerras Médicas, como una soberana invención que ha provisto nuestra memoria de escenas tan potentes como la gesta de las Termópilas, de la que a ciencia cierta nada sabemos. Decía yo en aquel poema estival que eran insoportablemente aburridos la inmensa mayoría de los libros de historia que se publicaban últimamente, una vez decidido por no sé qué autoridad competente que la historia es una ciencia y no una parte de la literatura. Y que antes de que se decidiese tal cosa los historiadores cuidaban mucho más su estilo literario —tal vez porque no creían que su función fuese decir la verdad, esa labor quimérica, sino alegrar la vida de los lectores que se acercaban a la magia de su escritura histórica—, como puede uno comprobar si empuña un libro de gente como Diehl, Runciman, Grousset o el mismo Lafuente, por no hablar de nuestros cronistas de Indias, Gibbon, Mommsen, Tácito o Gre-

gorovius. En el equipaje de una persona culta —sea de ciencias o de letras— nunca debe faltar un libro de historia. Pero, por favor, que esté bien escrito, que sea ameno y gozoso, no como esas monografías, tan frecuentes en nuestro tiempo, que tiñen de hipotética y archivística «verdad» gris las paredes de librerías y de bibliotecas.

En la reflexión de Alfonso Mateo-Sagasta, mi antiguo proveedor de maravillas bibliográficas en el campo de la antropología, hay más sustancia y más hondura que en estas breves líneas saluatorias de su librito, y el lector tendrá ocasión de comprobarlo por sí mismo en cuanto estas líneas se interrumpen. Pero no deja de ser cierto que los prólogos han de establecer sinergias con los textos a los que sirven de pórtico. Y qué mayor sinergia que la amistad, el afecto y la admiración que siento por Alfonso desde antiguo.

Madrid, 7 de julio de 2016

La Oposición

Un relato sobre la
invención de la historia



EL OPOSITOR SABÍA que el examen no iba bien. Los rápidos vistazos que había echado a los miembros del tribunal, dos hombres y una mujer, mientras cantaba el último tema fueron suficientes para saber que no contaba con la simpatía de ninguno. En sus rostros leyó estupor, desprecio, ira... En una ocasión la mujer había torcido la boca en una mueca burlona, un gesto casi amistoso en comparación con el fuego que irradiaban las miradas de los otros. Aun así procuró mantener la calma. Lo absurdo habría sido esperar que su propuesta de enseñanza de la Historia no levantara ningún revuelo.

Cuando terminó el discurso oyó susurrar con asombro a uno de la media docena de oyentes que asistían al acto: «En treinta minutos se ha cargado dos mil años de historia». «Inaceptable», murmuró otro. «¿Quién se cree que es?», pensó en voz alta el presidente del tribunal. «No se puede permitir que se falsee la verdad de esa manera», remató con voz profunda la mujer. Dos espectadores se levantaron de prisa y salieron por las puertas superiores del anfiteatro.

De eso hacía cinco minutos, y desde entonces nadie se había movido del sitio, ni dicho una palabra. Se oían chocar las motas de polvo iluminadas por la luz que se colaba entre las cortinas de lamas semientornadas.

—Señor... —el presidente fingió ojear un papel y dejó el espacio de su nombre en blanco. Era un hombre obeso, con una doble papada que se derramaba sobre el cuello de la camisa como un babero y unas gafas diminutas en la punta de la nariz—, el tribunal quisiera hacerle algunas preguntas sobre su... —volvió a demorarse, las palabras se deshacían en su boca— par-

ticular visión de la materia de la que es doctor...

Llegado a este punto, calló casi un minuto mientras buscaba la confirmación a ese dislate en el currículum del aspirante.

—Porque, a pesar de todo lo que acaba de decir —añadió inseguro—, supongo que su intención al opositar a esta plaza de catedrático de Historia es ocuparla.

—Por supuesto —respondió el opositor con seguridad.

—Bien, bien. Pues si mis compañeros están de acuerdo —miró a ambos lados y los dos le concedieron la venia con un gesto—, me gustaría que empezara por explicar a qué se refiere cuando habla de «nueva realidad social».

—Claro, señor presidente —dijo el opositor. Carraspeó y esperó a que se acallaran los pasos de alguien que acababa de entrar—. Cualquiera que se asome a un aula de nuestras escuelas, y ustedes lo saben mejor que nadie, verá que reúnen una población cada vez más heterogénea, una amalgama de niños de origen eslavo, subsahariano, asiático, latinoamericano, magrebí... En po-

co tiempo nuestra sociedad se ha convertido en una democracia multicultural, y esa es la razón de que tengamos que replantear qué Historia debemos enseñar en los colegios.

—Disculpe que le interrumpa —dijo el otro varón del tribunal, un hombre joven, de unos cuarenta años, pulcro y atildado casi en exceso—. Se refiere usted a los emigrantes, ¿verdad?

El opositor asintió en silencio.

El hombre se acarició la pechera de su impecable traje príncipe de Gales en tonos ocres antes de continuar.

—La inmigración es un fenómeno circunstancial y contemporáneo —dijo con aplomo—. No entiendo cómo puede afectar a la Historia que se enseña en los colegios, que precisamente trata de lo sucedido en otras épocas. Recuerde que el presente es consecuencia del pasado.

—No, no. Debo llevarle la contraria: el presente no es consecuencia del pasado. Más bien, el modo en que contamos el pasado es consecuencia del presente.

El examinador estiró el cuello molesto y se recolocó las gafas de concha en el puente de la nariz antes de responder:

—¿Le gustan los trabalenguas?

El opositor se contuvo. La regla número uno de toda oposición es no discutir con los miembros del tribunal, aceptar su opinión y admitir la posible imperfección de la propia.

—En absoluto —dijo en tono sumiso—. Solo digo que el volumen y el impacto de la inmigración en nuestra sociedad es tan determinante que debemos esforzarnos por crear una nueva cultura común, igual que hace Europa en su conjunto para reforzar la idea de unidad política.

—¿No es sacar las cosas de quicio? —dijo el presidente—. Los inmigrantes han elegido venir aquí y lo lógico es que aprendan nuestra cultura y la asimilen.

—No es tan sencillo. Hablamos de inmigrantes de segunda y tercera generación, ciudadanos que tienen la misma nacionalidad y los mismos derechos que nosotros, pero diferente procedencia cultural. Necesitamos con urgencia una nueva cultura común. El problema es quién la define. El otro día, por ejemplo, pusieron en televisión un documental financiado por la Unión Europea ti-

tulado «Los orígenes de Europa». El capítulo se centraba en la Alta Edad Media, y en él se hablaba largo y tendido de los vikingos, de Carlomagno, del Sacro Imperio romano-germánico... Pero no dijeron una palabra de al-Andalus, de la Sicilia musulmana ni de la Grecia otomana. ¿Es que no eran Europa? —la pregunta quedó en el aire unos segundos—. Aceptemos que no es cierto que somos lo que somos, sino lo que decidimos ser.

Los miembros del tribunal se removieron incómodos.

—Es importante —continuó el opositor— tener en cuenta que para esos nuevos ciudadanos no resulta tan evidente la relevancia del doctor Livingstone, de Juana de Arco o de Hernán Cortés. Sin duda son personajes apasionantes, pero sus logros deben ser matizados. Muchos de los antepasados de nuestros recientes compatriotas africanos «descubrieron» las cataratas Victoria mucho antes que Livingstone; la mayoría difícilmente verá milagros en la vida de Juana de Arco, y en cuanto a Cortés... Enseñamos que conquistó México con seiscientos hombres, pero solemos dejar de lado a los

más de treinta mil aliados tlaxcaltecas y tabasqueños que lo acompañaron y cuya participación fue sin duda más determinante en la caída del imperio mexica que los famosos once caballos —sonrió, hizo un pequeño inciso y volvió a hablar con nueva energía—. ¿Es que no les parece lógico que nuestros compatriotas musulmanes no celebren como los demás la gran victoria de Lepanto? Recuerden que lo que nosotros enseñamos como la derrota de Alcazarquivir, donde perdieron la vida don Sebastián de Portugal y la flor y nata de la nobleza portuguesa, para los judíos siempre ha sido la victoria de Wed al Makhazín. Lógico, considerando que en caso de triunfo don Sebastián había prometido pasar a cuchillo a todos los hijos de Israel.

—¿Propone que renunciemos a los logros del pasado porque unos críos se sienten incómodos en sus pupitres? —intervino el joven—. Me parece más inteligente defender nuestra Historia.

—¿Lo ve? Si es «nuestra» Historia, ya no es «la» Historia.

—Sabe a qué me refiero.

—Yo pienso que ha llegado el momento de dejar a un lado las grandes histo-

rias nacionales del siglo XIX y sus fuertes dosis de chauvinismo. En esa idea de «nuestra cultura» subyace un fondo nacionalista, y todos sabemos que el nacionalismo se alimenta con la xenofobia y crece con la degradación de los demás. Nadie gritaría que es diferente si no creyera que la diferencia le beneficia.

—No sea simple, la Historia no se inventa en el siglo XIX.

—Desde luego que no, pero antes la Historia era sobre todo un entretenimiento de aristócratas y una escuela de príncipes.

—Y según usted, ¿qué la hizo cambiar?

—El ejército. La generalización de la enseñanza de la Historia en las escuelas coincide con el fin de los ejércitos mercenarios y el principio de las levadas de ciudadanos. Un mercenario se juega la vida por dinero, pero a un ciudadano hay que darle un motivo: honor, familia, pasado, orgullo...

—¿Usted cree que la Historia se popularizó para crear soldados? —preguntó irónico el presidente.

—Por supuesto. La Historia es el arma más efectiva con la que puede con-

tar una sociedad. Sus manuales están trufados de aventuras, asedios, batallas, héroes... El relato de las luchas gloriosas de los antepasados es el medio más seguro de construir una identidad y de acuñar el espíritu nacionalista.

Las puertas superiores batieron con fuerza. Un grupo de unas veinte personas había entrado precipitadamente, y el taconeo en los escalones resultaba molesto. El opositor se interrumpió para dar tiempo a todos a sentarse, tomó aire y siguió hablando.

—Pero yo me pregunto: ¿es eso lo que necesitamos en el siglo XXI? ¿Necesitamos una leva de ciudadanos o establecer los criterios de convivencia en una sociedad de bienestar multicultural?

—¿Pretende usted tergiversar la Historia a su conveniencia?

—No, en absoluto. No se puede tergiversar algo que no existe.

—¿Cómo? —saltaron a la vez los tres miembros del tribunal y gran parte de los oyentes—. ¿Qué no existe?

—La Historia. La Historia no existe —repitió muy seguro el opositor.

—¿Qué? —gritaron los tres de nuevo al unísono, y muchos de los presen-

tes hicieron coro. La puerta volvió a golpear. Parecía que se había corrido la voz por la facultad de que había espectáculo en el hemiciclo y no dejaba de llegar gente.

—¡Vamos, no fastidie! —se le escapó al presidente, y acto seguido bajó el tono—. Con perdón. Va a resultar que hemos aparecido todos aquí por generación espontánea, que hemos nacido debajo de una seta.

—No, no. No me malinterpreten. Yo no niego el pasado. Sería absurdo. Pero el pasado comprende todo lo que ha sucedido, resulta inabarcable e incomprendible. De él guardamos un enorme caudal de datos y aún más secretos. El pasado existió, ya lo creo. Lo que niego es la Historia, que es la interpretación de esos datos, el relato oficial en forma de perfecta cadena de causas y efectos que hacen que veamos el pasado como un cuento.

El opositor levantó su pluma ante la vista de todos y la enseñó como si fuera un objeto precioso. Al girar un poco el torso se dio cuenta de que ya habría unas treinta o cuarenta personas escuchando su exposición. Le tembló un po-

co la mano y sintió que una gota de sudor resbalaba por su espalda.

—Ustedes hablan de «la Historia» como de algo tangible. ¿La ven? Aquí está: la Historia. Mide catorce centímetros, lacada en negro con remates dorados, capuchón de rosca...

—Nadie ha dicho que la Historia se pueda tocar —le interrumpió, molesta, la mujer—. Tampoco tocamos la gravedad y no se nos ocurre decir que no existe, porque la experimentamos. La sentimos en todo lo que nos rodea —su voz se mantuvo unos segundos sobre los presentes—. Estoy asombrada de las cosas que dice —continuó, bajando el tono—. La verdad brilla por sí sola, caballero, no pretenda manipularla. La Historia con hache mayúscula es un conocimiento científico objetivo y resulta imprescindible para saber quiénes somos.

El opositor negó lentamente con la cabeza.

—Siento discrepar también en eso.

—¿Tampoco admite que la Historia sea una ciencia?

—Una ciencia... ¿Me permite que haga una síntesis de lo que eso supone?